

# Entre dos aguas

---

“Si no puedes hacer lo que quieres, no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes” (ep. 166).

**Fray Enrique Arenas Molina, OAR**  
*Rector Uniagustiniana*

## Ambientación

Agustín de Hipona, dice: “Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas, pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas”. El secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere, sino querer siempre lo que se hace”, señala León Tolstoi. Todo necio confunde valor y precio. La imaginación es más importante que el conocimiento y “la inteligencia no consiste solo en el conocimiento, sino también en la destreza para aplicar los conocimientos a la práctica”, precisa Aristóteles. Lo importante es no dejar de hacerse preguntas, ya que, como dice Heráclito “no podemos bañarnos dos veces en el mismo río. No podemos tenerlo todo”. ¿Dónde lo guardaríamos?, lo enuncia, Te Ven Wright.

Con estas frases y dichos célebres encontramos dos significados. A veces da a entender la indecisión o la duda: Entre dos aguas. No sé si cambiar o seguir tal cual. En otros momentos parece enseñar la destreza de una persona para eludir obstáculos sin entrar en ellos o para no expresar una opinión clara: “Bueno, estás de nuestra parte o de la de ellos. Decídetes, porque es muy agradable estar entre dos aguas”. Al dialogar de “Entre dos aguas”, en la primera instancia, consigue interpretarse como la desembocadura de un río en el mar, lugar pe-

ligoso. En la segunda instancia, tal vez habría que pensar en quien nada entre el fondo y la superficie del agua, o por extensión, de una situación confusa, sin arriesgarse al éxito –salir a la superficie–, o al fracaso –hundirse. O en palabras de Antonio Machado, en su poema:

*“Todo llega y todo pasa.  
Nada eterno: ni gobierno  
que perdure,  
ni mal que cien años dure.  
Tras estos tiempos vendrán  
otros tiempos y otros y otros”.*

El tiempo es un juez tan sabio que no sentencia de inmediato, pero al final da la razón a quien la tiene y nos ayuda a descubrir que las personas a veces nos sentimos así: Entre dos aguas; sintiendo dos vidas, en el mejor de los casos, viviéndolas. Hasta que llega el momento definitivo. La que queremos y la que tenemos; la real y la ideal. Aquella en la que seríamos capaces de todo y la que nos obliga. A veces se establece un equilibrio entre ambas, siendo imposibles de distinguir o separar. Otras, hay un abismo tan grande que nos lleva hasta la misma angustia.

Con Heráclito “todo fluye y nada permanece y todo hombre puede encenderse a sí mismo una luz en la noche”. Sí, claro está. Pero es que a veces me despierto pensando que este no es nuestro lugar, que no encuentro lo que busco, que no tengo lo que merezco o quizá, que no sé valorar lo que tengo.

Los trastornos del sueño en el momento en que corresponde dormir me indica que algo no va bien, que hay un desconcierto porque en la oscuridad no distingo en qué lado de la orilla estoy. A veces sueño y me despierto sin saber qué parte es exactamente la realidad.

En Agustín de Hipona y en Zaqueo encontramos un ejemplo de inquietud por Dios y un instante de estar entre dos aguas por la búsqueda de Dios, dándole un giro total a sus vidas.

Zaqueo, quien dadivoso de ver a Dios hace todo lo posible por encontrarlo, pues sabemos que la ausencia de alguien la llena Dios, pero la ausencia de Dios no la llena nadie. Hay un espacio interior donde habita la verdad y hay un ojo del corazón que equivale a percibir afectuosamente la realidad.

Agustín de Hipona es el filósofo, teólogo y pedagogo, el máximo exponente de la Patrística. Agustín utilizó el platonismo para fijar el dogma cristiano y combatir las herejías, contribuyendo inintencionalmente a la difusión de la cultura griega en la Edad Media. En su búsqueda de la verdad leyó también al Apóstol Pablo, a través de quien descubrió la afirmación de que solo la Gracia de Cristo puede salvar al hombre; doctrina que constituye otro de los pilares de su pensamiento.

Asentando la experiencia que se tiene sobre Agustín de Hipona y sobre Zaqueo: Entre dos aguas, quiero escribir los siguientes puntos de reflexión:

1. Buscar para encontrar a Dios
  - a. Verdad y libertad
  - b. Sed de Dios
  - c. Zaqueo ya es libre
2. Escucha interior de Dios
3. Inquietud por Dios
  - a. Mi peso es mi amor
  - b. Dar es mérito para recibir
4. El valor de la interioridad
  - a. ¿Qué es educar la interioridad?
  - b. Descubre por ti mismo
5. Valor del silencio

Zaqueo no podía seguir siendo el mismo después de conocer personalmente a Cristo. Decide restituir a toda persona que haya engañado. Y Cristo, que conoce el corazón de cada hombre, le da la buena noticia: “Hoy la salvación ha entrado a su casa”. El dar es mérito para recibir” (ep. 266,9). Dios es el bien propio del hombre. Por eso, si caes es para levantarte; si te levantas es para seguir; si sigues es para llegar a donde quieres ir y si llegas es para saber que lo mejor está por venir.

## **1. Buscar para encontrar a Dios**

Al hablar del hombre Agustín fragmenta de su vida que fue una intensa búsqueda de la definición de la persona. Recorrió en sus meditaciones las tres direcciones que delimitan el campo de la investigación antropológica: el ser del hombre, su perduración más allá de la vida y el sentido de su existencia. Él descubrió que la naturaleza del hombre es dialéctica: es un ser que está en un mundo hecho para él, pero él es hecho para Dios.

El hombre ocupa un lugar intermedio en la configuración ontológica del universo, un medio entre la nada y el todo, entre el cuerpo y el Creador del sí mismo y del cuerpo: “Como el torrente recoge las lluvias y se hincha, salta, se despeña, y corriendo acaba su carrera, así es todo el curso de la mortalidad el género humano, de lo oculto va apareciendo y corre; con la muerte otra vez se oculta. En el intermedio resuena y pasa. Es decir, el hombre es un murmullo entre dos abismos” (en. Ps 109). Esta es la condición mortal, finita, del ser humano.

Si el hombre es de Dios, es en Dios y es para Dios, parece evidente que esta reflexión de la búsqueda de Dios ha de ser prioritario. Pero, además, Dios es el bien común por excelencia, y nosotros hemos de ser especialistas en Dios, personas que han aprendido a vivir en comunión con Dios. Se puede afirmar que la búsqueda de Dios es de una importancia radical en la experiencia y en el pensamiento de Agustín.

Pretende buscar a Dios para poder dar razón de su fe, no porque no crea, sino para entender lo que cree y poder responder a quien le pregunta por su Dios: “Sin embargo, oyendo todos los días: ¿Dónde está tu Dios?, y alimentando cotidianamente con mis lágrimas, pensé día y noche lo que oí: ¿Dónde está tu Dios?; y busqué yo también a mi Dios, para que, a ser posible, no solamente creyese en Él, sino que asimismo lo viese. Veo, pues, las cosas que hizo mi Dios, pero a Él, que las hizo, no le veo” (en. Ps. 41,7).

Hay que estar atentos para no engañarse cuando se busca a Dios porque a veces es fácil que busquemos otras cosas más que a Dios. “Porque quienes buscaban a Dios por los dones terrenos, no buscaban a Dios, sino estos bienes. De este modo, Dios es amado con temor servil, no con amor liberal. Así Dios no es adorado, pues se adora lo que se ama. De aquí que, como Dios es el más excelente y lo más grande de todo lo que puede hallarse y se halla, por eso debe ser amado sobre todas las cosas para ser adorado” (en. Ps. 77,20).

Se dice que la clave está en buscar a Dios en Dios, ir a su encuentro en donde Él está: “¿Dónde falta la rectitud? En buscar en la Iglesia un algo distinto de Dios. Si buscase a Dios, fuera casto, por ser Dios el esposo legítimo del alma. Todo el que busca en Dios otra cosa fuera del mismo Dios, no busca a Dios castamente” (s. 137,9). El mismo Dios nos dice: “Me buscáis por algo que no es lo que yo soy; buscadme a mí por mí mismo. Ya insinúa ser Él este manjar” (Io. eu. tr. 25,10).

En su búsqueda de la verdad, el hombre ha de encontrar dentro de sí, en su alma, aquello que de permanente y necesario hay en las cosas: su inteligibilidad misma. La verdad necesita interioridad y el yo se convierte en el lugar propio de la certeza, anulando así todo posible escepticismo.

#### **a. Verdad y libertad**

“La voz de la verdad no calla; no mueve los labios, pero vocifera en el interior del corazón” (ep. Ps. 57,2). Este valor de la verdad tiene

dos connotaciones, la primera, como la manifestación ética de la autenticidad, la integridad personal, la sinceridad en las actuaciones y expresiones; la segunda, la expresión personal desde la interioridad para conocerse y conocer mediante el diálogo y la búsqueda constante de la verdad de las cosas, los fenómenos, la sociedad y su transformación. En esta interrelación académica, laboral y social, la Verdad es un valor que convoca y dinamiza todos los procesos institucionales.

“La auténtica libertad es vivir, no como siervos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia” (reg. 8,47). La libertad es la capacidad de vivir despojados de todo aquello que no permite el desarrollo de la dignidad de la persona. Ser libre implica auto poseerse para disponerse y darse a Dios y a los hermanos. La libertad consiste en no vivir esclavos de nadie, de nada y ni de nosotros mismos, sino ser capaces de elección y asunción de un proyecto personal y social en todo momento; se expresa a través de la responsabilidad, la auto determinación, la coherencia y la planificación.

Cuando hablamos de la libertad, en todos sus aspectos, debe de estar basada en la verdad. Quiero repetir aquí las palabras de Jesús: “Y la verdad los hará libres” (Jn 8,32). Es, pues, el deseo que nuestro sentido de la libertad pueda siempre ir de la mano con un profundo sentido de verdad y honestidad acerca de nosotros mismos y de las realidades de nuestra familia.

Agustín de Hipona sabe que “Dios no nos ama porque seamos buenos, Él nos hace buenos porque nos ama. Ama la verdad, vive la verdad, predica la verdad, defiende la verdad. Porque el que no habla la verdad, traiciona la verdad. La verdad es la que nos hace libres” (s.134,1).

Así mismo, es consciente que asiduamente hay que estar en la búsqueda de la verdad y libertad, dado que es un asunto de amor y el amor busca incluso cuando se ha encontrado; pero, es más, a Dios nunca se puede decir que se le ama suficiente, siempre se le puede amar más.

Agustín dice: “No temas que el fastidio te canse. Es de tal calidad la delectación de aquella hermosura, que la tendrás presente y nunca te saciarás, o mejor, siempre estarás harto sin estarlo jamás. Porque si digo que nunca te hartarás, habrá hambre; si digo que estarás harto, temo que haya hastío. No sé qué decir donde no habrá hastío ni hambre. Dios tiene mucho que dar a quienes no saben cómo expresarlo y creen que lo han de recibir” (Io. eu. tr. 3,21).

Difícil le resulta explicar esto que es, en cierta manera, misterioso. Por eso habla de insaciable saciedad: “Diremos amén con insaciable saciedad. De hecho, como no nos faltará nada, habrá saciedad; pero porque lo que no falta será objeto de alegría, habrá una cierta, si se puede decir, saciedad insaciable” (s. 362,29).

Es más, a veces parece que se oculta para que le busquemos mejor: “Hay que penetrar más profundamente las palabras del Altísimo, que a veces se manifiesta un poco para que demos con Él, y nuevamente se oculta para que le busquemos y como a pasos vayamos de lo hallado a lo que hay que hallar” (Io. eu. tr. 63,2).

## **b. Sed de Dios**

Agustín de Hipona vive sujeto por la profunda inquietud, por la sed de Dios y, cómo percibiremos, le busca en todas partes para encontrarle:

*“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,  
tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,  
y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,  
me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.*

*Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.  
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,  
si no estuviesen en ti, no existirían.*



*Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;  
brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera;  
exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhele;  
gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;  
me tocaste, y deseo con ansia  
la paz que procede de ti” (conf. 10, 27,29).*

La búsqueda de Dios es de una escala radical en la experiencia y en el pensamiento de Agustín. Ya hemos verificado en el preámbulo algo de la experiencia de Agustín como buscador y de esa sed de Dios; pero también en el pensamiento tiene calidad la búsqueda, el buscar para encontrar a Dios, recapacitemos en su formación filosófica: Cicerón suscita en él un incendio increíble por la sabiduría inmortal.

Agustín, en el 373, después de leer el Hortensio de Cicerón, de quien absorbió ese amor a la sabiduría que Cicerón elogia tan fogosamente, manifestó en su vida una inclinación plenamente nueva para él. A partir de entonces, Agustín consideró la retórica solo como una profesión; la filosofía le había ganado el corazón.

La filosofía fue para Agustín el amor y esfuerzo del alma entera hacia la sabiduría y hacia la verdad. La verdad era para Agustín de Hipona el ideal supremo al que se entregó con pasión. Esta verdad es la que se refiere al alma y a Dios, los dos objetos de su preocupación filosófica.

Buscó infatigablemente a Dios, donde encontró la experiencia de la felicidad: “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). La Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. “Dios siempre está tratando de darnos cosas buenas, pero nuestras manos están muy llenas para recibir las”. La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace.

Es seguro que Agustín admite los principios de la filosofía solo si están (porque están) acordes con las Sagradas Escrituras. Si especulamos en su formación escriturística, tenemos que reflexionar cómo la Escritura le hace una invitación a la búsqueda, a través del discer-

nimiento de la oración perseverante, para llegar a la visión, que es la gran aspiración de Agustín.

### **c. Zaqueo ya es libre**

Jesús no tiene piedad con los sueños. Las personas honorables, piadosas, patriotas de Jericó han venido a su encuentro. Pero Jesús se fija en un pobre hombre subido en un árbol, le manda acercarse y se invita a su casa.

¡Qué escándalo! Zaqueo es un publicano, y hasta un jefe de publicanos, un hombre detestado, avaro, ladrón y colaborador del enemigo. Su profesión de jefe de recaudadores lo clasifica entre los pecadores públicos. Sus compatriotas no lo habrían tocado ni con pinzas: estaba demasiado sucio por su dinero y sus relaciones sospechosas. Pero Jesús lo escoge por encima de todos los demás. ¿Cómo explicar esto?

No son los méritos de Zaqueo los que el Señor quiere pagar. El Señor más bien quiere suscitar esos méritos. Zaqueo creía que estaba buscando a Jesús, pero es Jesús el que lo busca a él. Aquel pecador público, aquel hombre solitario y odiado, se ve invitado por Jesús con la familiaridad más cariñosa: Zaqueo, baja enseguida.

De inmediato, Zaqueo se deja caer de su árbol, lleno de asombro y de gozo. Jesús lo conoce, lo llama por su nombre, se invita a su casa con predilección a todos los demás. Jesús va a pasar unas horas con él. Van a comer y a beber juntos. Zaqueo se siente perturbado en el fondo de su alma. Ya no se reconoce a sí mismo; han cambiado todos sus valores. La generosidad divina ha penetrado tan hondo dentro de él, que se siente arrastrado por ella. También él se pone a dar y compartir. Lo que Jesús acaba de hacer por él, Zaqueo tiene prisa por hacerlo con los demás. Quiere procurarles la misma sorpresa y el mismo gozo.

Si en un abrir y cerrar de ojos Jesús logra cautivarle a él, a Zaqueo, es porque es posible amar gratuitamente, sin razón, por un puro impul-

so del corazón. Y, entonces, también él puede amar. Hasta entonces, ha estado siempre esperando a que le amen, para ponerse a amar él. Y de pronto se da cuenta de que no es necesario aguardar, sino comenzar. Y, comienza.

Algunos consideran que Zaqueo es avaro, y en el fondo es un derrochador. Incluso solo se ha preocupado por amontonar, pero ahora solo siente gozo en repartir y distribuir. Esto es lo que hace el paso de Jesús. Le deja ver a cada uno recursos más recónditos. Los hace nacer a nueva vida. Revive a los muertos, principalmente a aquellos muertos que se creen vivos por desacierto. Jesús sabe que es preciso ser muy amado, antes de poder amar a otros.

Sabemos que Jesús ama a todos aquellos a quienes nadie quiere amar, a quienes nadie cree dignos de ser amados, ni capaces de amar. Y, gracias a aquella magnanimidad extraordinaria, hace brotar en ellos una fuente de amor, de generosidad y de gozo que nadie habría creído posible.

## **2. Escucha interior de Dios**

En Agustín de Hipona todos los caminos pueden llevar a Dios, pero siempre tienen que desembocar en el hombre interior: Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. “Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos” (conf. 10,8,15).

Jesús dirigiéndose a los fariseos y letrados les predica la parábola del Buen Pastor. La parábola no intenta presentar una simple comparación, sino llevar al auditorio “hacia lo absurdo”. Porque, en realidad, ningún pastor dejaría abandonadas a noventa y nueve ovejas para buscar a una perdida. Jesús sí lo hace por cada uno de nosotros, ovejas necesitadas siempre del abrazo de Dios.

*“Jesús dijo a los fariseos y a los escribas esta parábola: Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: ‘Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido’. Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lc 15,4-7).*

### **Revisión de vida:**

- El buen hombre debe ayudar a los débiles a rectificar su vida y alegrarse cuando lo logren. Por eso Jesús pone en evidencia a estos fariseos y escribas, porque critican a Jesús por tratar con los pecadores para convertirlos.
- Cristo nos enseña aquí a no juzgar la vida de los demás. Es más provechoso acercarse al pecador y darle buen ejemplo que perder miserablemente el tiempo criticándole.
- Imitemos a Cristo también en esta faceta de carácter apostólico, y lancémonos a acercar a Cristo a aquellas personas que más lo necesitan.

Jesús nos muestra siempre su corazón, manso y humilde, con las cicatrices de nuestro pecado, como símbolo de su amor a los hombres, y es desde este corazón que vivifica y renueva la historia pasada, presente y futura, desde donde contemplamos y podemos comprender la alegría de Aquel que encuentra lo que había perdido.

Sacamos decir en un lenguaje imaginario que esta escucha interior de Dios implica “una fiesta en el cielo”. Hay un regocijo espiritual por una conversión. Aunque es una frase antropomórfica, nos ilumina cómo la bondad y el amor de Dios se pueden presentar al modo humano de alegría como fue la del Padre del hijo pródigo. El perdonar

no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. Es renunciar y emprender el camino.

En Agustín de Hipona, “Si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás” (s.150). Sí, claro, hay una gran fiesta en la tierra desde el punto de vista de que nosotros también nos encantamos que una persona recobre la paz espiritual y vuelva al buen camino.

En el camino en algunos momentos es necesario mirar hacia atrás, pero no es necesario retroceder, es necesario escuchar el silencio, tal vez del silencio escuches algo más profundo de lo que escucharás en la turbulencia, tratar de observar a tu alrededor; cada uno tiene un universo diferente, tal vez inexplorado o sin descubrir, tal vez tu solo estés soñando, y yo solo sea parte de tu sueño, que se hace realidad.

La experiencia de la vida nos ha enseñado que hay que tener presente estas cinco direcciones y sin turbulencia:

**Adelante**, para saber a adónde va.

**Atrás**, para no olvidar de dónde viene.

**Abajo**, para fijarse si no está pisando a alguien en el camino.

**A los costados**, para ver quién lo apoya en los momentos difíciles.

**Y Arriba**, para tener presente que siempre hay alguien que lo cuida y lo protege.

A veces titubeamos de las buenas intenciones de una persona que quiera iniciar el camino de la escucha interior de Dios, el camino de retorno al Señor. Sin embargo, aunque nos cueste trabajo crearlo, deberíamos alegrarnos y sentir el regocijo de quienes recuperan un amigo, de añadir un puesto más en la mesa para compartir el pan. Es el momento de animar al hermano, de comprometerlo más, de apoyarlo y caminar con Él.

Examinemos nuestras actitudes al respecto: La escucha interior de Dios en la enseñanza de la parábola.

A veces pensamos que esta parábola no es para nosotros, pero fue dicha para todos. Cada uno de nosotros debe dejarse encontrar por el Buen Pastor, dejarse recoger por Él para que nos lleve al redil y cada uno de nosotros puede, con su conversión a Dios, provocar una fiesta en el Cielo. Pues, “buscamos para encontrar y encontramos para seguir buscando” (tr. 5,2). Con facilidad nos equivocamos, hay que aprender a perdonar.

En la escucha interior de Dios encontramos dos momentos significativos y están bien especificados por Agustín: El encuentro con Dios y buscar para encontrar a Dios.

Estar al tanto que el perdón de Dios es restaurador hace nueva a la persona. Dios no se cansa de perdonar, antes nos cansamos nosotros de pedirle perdón. Esto nos dice por medio del Apóstol Pedro: “Procurad todos tener un mismo pensar y un mismo sentir: con afecto fraternal, con ternura, con humildad. No devolváis mal por mal o insulto por insulto; al contrario, responded con una bendición, porque vuestra vocación mira a esto: a heredar una bendición” (1Pe 3,8-9).

### **3. Inquietud por Dios**

Jesús vino al mundo para redimir al hombre de sus pecados, lo invitó a encontrarse con Él y lo inquietó a que lo buscara para que tuviera la posibilidad de la salvación. Nosotros somos ovejas de las que habla la parábola, y nuestro Pastor, Jesucristo, irá en busca de cada uno de nosotros si nos desviamos de su camino. Aunque le desobedecemos, aunque nos separemos de Él, siempre nos va a dar la oportunidad de volver a su rebaño.

Fácil no es platicar el perdón, es difícil tanto recibirlo como darlo. Sin embargo, también es una palabra de sumo valor. Pero Dios quiere que crezcamos, y por eso te presenta situaciones incómodas, pero te da la fortaleza para sobrellevarla y aprender de ella.

Dios busca la felicidad del hombre, y la vocación es el descubrimiento de ese designio y ese plan que Dios ha previsto para que cada uno alcance la máxima realización personal. La aptitud de la vocación es como el reto que nos plantea nuestra vida. Es una nueva luz, un acontecimiento que nos da una nueva visión de la vida, y la llena de sentido.

Dios ocupa el primer lugar en nuestras vidas y de sus elegidos: “Dios sería para nosotros nuestro grande, rico y común patrimonio” (s. 355,2). Y un poco más adelante, en el mismo sermón, dice: “Aquellos a quienes no basta Dios y su Iglesia, permanezcan donde quieran y donde puedan, que no les quitaré el clericato. No quiero tener hipócritas. Quien quiera permanecer conmigo tiene a Dios. Si está dispuesto a que lo alimente Dios por medio de su Iglesia, a no tener nada propio, sino a darlo a los pobres o a ponerlo en común, permanezca conmigo” (s. 355,6).

Su inquietud por Dios ha de concebirse como una entrega radical a Él, de hecho, al poco tiempo de su conversión, en la oración introductora a los Soliloquios, nos presenta el latido profundo de su corazón, la razón de ser de su vida desde este momento. Lo expresa en forma de aspiración y de creencia, dado que todavía no lo comprende con la razón: “Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoras; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mi toda ignorancia para que te reconozca a ti” (sol. 1,1,5).

Un ejemplo de inquietud por Dios lo encontramos en Zaqueo. Una inquietud no es algo que tienen algunos, sino todos. La inquietud es el encuentro con la verdad sobre uno mismo. Un encuentro que proporciona una inspiración básica en la vida, de la que nace el compromiso, el cometido principal que cada persona tiene, y que quien es creyente percibe como los planes de Dios para él.

Por eso, saber cuál es nuestra inquietud en la vida es la cuestión más importante que debemos plantearnos cada uno, y que podemos trazar a quienes queremos ayudar a vivir con acierto.

Las Escrituras nos dicen que el encuentro de Zaqueo con Jesús cambió su vida. Cambio su vida interior y le ayudó a corregir el rumbo de su destino. Posiblemente desde el momento en que Zaqueo con tanto interés buscó a Jesús, sabía que su modo de actuar no era el correcto y sabía que conocer a ese Profeta le cambiaría la vida, aunque esto tuviera muchos efectos.

Agustín de Hipona, dice: “Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Zaqueo, al subir al árbol, vence el respeto humano. Pone los medios necesarios para un encuentro cara a cara con el Señor. No imaginó que Jesús le pediría hospedarse en su casa. Y bajó del árbol rápidamente y lo recibió con alegría.

Agustín de Hipona sabe que es bueno estar atentos para no engañarse cuando se busca a Dios porque a veces es fácil que busquemos otras cosas más que a Dios. Asimismo, fue Zaqueo, lo buscó y lo encontró:

*“Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era el jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicómoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: ‘Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa’. Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: Se ha ido a alojar en casa de un pecador. Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: ‘Señor, yo doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le doy cuatro veces más’. Y Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa,*



*ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,1-10).*

Dios se revela a sí mismo para animarnos a la búsqueda. A Dios hay que buscarle siempre hasta llegar a la perfección. Pues, en una de las cartas que le escribe Nebridio le dice que él dirá a los tagastinos “tu ambición es amar a Dios, servirle y unirte a Él” (ep. 5).

Zaqueo pasó por la misma inquietud de Agustín, de ver a Jesús y unirse a Él, hasta entregar a los pobres todo lo que tuvo. Zaqueo era un ser humano con anhelos profundos, con sed de eternidad; solo Dios puede saciarle plenamente. Dios es la respuesta a sus interrogantes más apremiante.

Agustín lo sabe por propia experiencia: “Nada de lo que Dios te prometió vale algo separado de Él mismo. Con nada me saciará Dios a no ser con la promesa de sí mismo. ¿Qué es la tierra entera? ¿Qué la inmensidad del mar? ¿Qué todo el cielo? ¿Qué son todos los astros, el sol, la luna? ¿Qué el ejército de los ángeles? Tengo sed del creador de todas estas cosas; de Él tengo hambre y sed y a Él digo: ‘en ti está la fuente de la vida’, y, a su vez, me dice: ‘yo soy el pan vivo bajado del cielo’. Que mi peregrinación esté marcada por el hambre y sed de ti, para que se sacie con tu presencia. El mundo se sonríe ante muchas cosas hermosas, resistentes y variadas, pero más hermoso es quien las hizo, más resistente, más resplandeciente, más suave” (s. 158,7).

#### **a. Mi peso es mi amor**

Simplemente teniendo a Dios merece la pena vivir, y la vida se convierte para el hombre en camino de felicidad y alegría. “Hay que vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5).

Han dicho que la vida es un reto. Vívela, siente, ama, ríe, llora, juega, gana, pierde, tropieza, pero siempre levántate y sigue. La vida no es

un camino cubierto de problemas que necesitan ser resueltos. Hay que saber vivir. Dios no mira tus logros, tu riqueza, ni tu poder. Dios mira tu corazón y nadie pierde por dar amor, pierde quien no sabe recibirlo.

En experiencia propia Agustín de Hipona es consciente que faltando en el interior del hombre no encontraremos allí nada más que un desierto repleto de pobreza: “Solo sé Señor que me va mal lejos de ti, no solamente fuera de mí, sino aún en mí mismo; y que toda la abundancia mía, que no es mi Dios, es indigencia” (conf. 10,20,29).

Sin Dios, todo el hombre es vacío, solo Él puede saciar plenamente: “Cuando yo me adhiriera a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Mas ahora, como al que tú amas lo elevas, me soy carga a mí mismo porque no estoy lleno de ti” (conf. 10,28,39).

Siguiendo con la inquietud de Zaqueo, era jefe de los publicanos de la ciudad; quiere ver pasar a Jesús, pero la multitud se lo impedía. Su baja estatura, su limitación no le permitía poder adivinar el paso del Señor y, siendo una persona de recursos y muy ligado al sistema de dominación de los romanos, no le importó subirse a una higuera para poder vislumbrar de una manera más certera la persona del Señor. Al desinstalarse y al querer ver a Jesús, la visión se amplifica, los problemas se hacen más pequeños, y a la gente se le ve en su verdad.

Destaquemos algunos elementos del encuentro con Jesús que transformó la vida de Zaqueo:

- Zaqueo, de este modo, pasa de ser mero espectador a ser protagonista. Jesús busca establecer su morada en él. El encuentro con Jesús transformó a Zaqueo en una persona distinta, caritativa y alegre. Una auténtica buena noticia para todos nosotros hoy en día.
- Jesús se detuvo, no pasó de largo lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo ha-

bía mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo y a otros.

- Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada.

#### **b. Dar es mérito para recibir**

Al significar lo que es la interioridad decimos que es ese ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo que somos. Como lo dice Agustín de Hipona: “Vive la vida que amas. Ama la vida que vives” (s. 21,8). Hay un espacio interior donde habita la verdad” (uera rel. 39,72) y hay un ojo del corazón que equivale a percibir afectuosamente la realidad. Como dice, Charles Reade:

*“Si siembro un deseo, recogeré una acción.  
Si siembro una acción, recogeré una costumbre.  
Si siembro una costumbre, recogeré un carácter.  
Si siembro un carácter, recogeré un destino”.*

Jamás puedes obligar a alguien a cambiar, cada quien es como quiere ser, actúa como quiere actuar y a su vez pierde lo que quiere perder, dice Charles Reade. Agustín de Hipona, dice: “que no basta con conocer; es preciso saber. Nadie es feliz contra su voluntad” (tr. 13,8). La felicidad depende de nosotros mismos. Hay una sola forma de felicidad en la vida: amar y ser amado.

Agustín sabe que solo en Dios está el camino para la felicidad, que Él es la paz del hombre. Dios y la felicidad se identifican, por eso, buscar a Dios es buscar la felicidad y poseer a Dios es ser feliz.

Muchas son las historias y los relatos que se encuentran en las Escrituras, dar es mérito para recibir; sigamos con el de Zaqueo, era un

hombre pecador que se encuentra con Jesús. Pero este encuentro no sucede de manera fortuita, sino que nace de la curiosidad de este hombre, que seguramente admiraba a Jesús en secreto.

Qué actitud tan hermosa la de Zaqueo, que, conociendo sus pecados, acepta al Señor y atiende rápidamente a su petición. Hay que imitar esta actitud de prontitud ante los reclamos del Señor y una prontitud alegre, porque no hay mayor motivo de felicidad y alegría que Jesús nos llame y lo hace todos los días. Sabemos que no podemos cambiar las actitudes de los demás, pero podemos elegir no dejarnos afectar por ellas. La felicidad no depende de lo que pasa a nuestro alrededor, sino de lo que pasa dentro de nosotros mismos.

#### **4. El valor de la interioridad**

Un elemento esencial en la interioridad es el silencio. Encontramos que el silencio es siempre partícipe de la palabra. Precisamos que la palabra nace en el silencio. Una palabra oportuna, madura, responsable, que construye y da vida. En el campo del lenguaje, hay siempre espacio para el silencio y el callar, para poder interiorizar. Cuando la persona no dedica un tiempo a callar pierde la ocasión para que madure en su interior, para tener autoridad moral, hay que aprender a callar.

Agustín de Hipona, dice: “En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador” (Io. eu. tr. 18,10). Al significar lo que es el valor de la interioridad estamos desplegando la capacidad de reflexión del ser humano, situando el énfasis en lo verdadero y buscando la superación de lo negativo que a veces transmite: “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón” (uera rel. 39, 72).

Nos encontramos ante el valor central de la pedagogía agustiniana, de su sed por Dios. El ser humano que entra dentro de sí mismo es capaz de conocer y conocerse. La ventana de los sentidos solo permite asomarnos hacia afuera. Podemos conocer el mundo que nos rodea y no saber nada de nosotros mismos. Por eso el ser humano sin interioridad es un ser sin identidad. La interioridad es el lugar de las grandes preguntas y de las grandes certezas y convicciones.

La Interioridad como eje para desarrollar la capacidad de reflexión, es la que significa que es ese ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo quienes somos, pues de inmediato expresamos que somos seres humanos, capaces de vivir en sociedad y que tenemos sensibilidad, además de contar con inteligencia y voluntad, aspectos típicos de la humanidad. Seremos humanos con poder de raciocinio que posee conciencia sobre sí mismo y que cuenta con su propia identidad. El ejemplo preciso suele ser el hombre, aunque algunos extienden el concepto a otras especies que pueblan este planeta.

Al Hablarse de interioridad es hablar de profundidad, del fruto de encuentro y del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior, es donde reflexionamos, sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, trascendemos y saboreamos.

Nunca la verdad será una conquista puramente intelectual porque no se entra en la verdad sino por el amor. El ser humano se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: “Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado” (conf. 13,9,10). El amor cambia la vida y solo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo.

La metáfora de la Serpiente es un ejemplo de interiorizar de lo que pensamos y percibimos en vida al conservar la naturaleza y la esencia:

*“Un hombre vio cuando una serpiente estaba muriendo quemada y decidió sacarla del fuego, pero cuando lo hizo, la serpiente lo mordió. Por la reacción del dolor, el hombre la*

*soltó y el animal cayó de nuevo en el fuego y se estaba quemando de nuevo. El hombre intentó sacarla otra vez y otra vez la serpiente lo mordió. Alguien que estaba observando se acercó al hombre y le dijo: Disculpe, Excusa, pero usted es terco. ¿No entiende que todas las veces que intente sacarla del fuego va a morderle? El hombre respondió: La naturaleza de la serpiente es morder, y eso no va a cambiar la mía, que es ayudar y servir”.*

## **Moraleja**

No cambies tu naturaleza si alguien te hace daño; solo toma precauciones.

No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien.

No trates de engañarte con alguien creyendo que es o puede ser igual que tú; hay personas que sacarán su maldad sin importarles las consecuencias de sus actos, ni dañarse incluso a sí mismos.

No elegimos venir al mundo, pero tenemos el derecho de elegir dónde vivir la eternidad.

Vive sin aparentar, ama sin depender, escucha sin atacar y habla sin ofender.

### **a. ¿Qué es educar la interioridad?**

Es el proceso de toma de conciencia, para su posterior reflexión e interiorización, de aspectos relativos a las diferentes dimensiones: social, corporal, psíquica y espiritual, para facilitar su integración y unificación de forma armónica y para que, simultáneamente podamos caminar con pasos sencillos hacia:

- La plenitud de lo humano, la propia y la de los demás.
- La apertura a lo sagrado (misterio, espiritualidad, dimensión profunda).
- Sentir el lazo con la Trascendencia.

El camino de Agustín de Hipona de la interioridad se caracteriza por tres momentos: No salir fuera de sí mismo, volver al corazón y trascenderse.

- **No salgas fuera de ti**, significa no renunciar a ser uno mismo a pesar de las distracciones exteriores. La interioridad es la capacidad de reconocer y juzgar desde uno mismo los sentimientos interiores y las situaciones exteriores que uno está viviendo.

La interioridad así comprendida no desconecta al individuo de las situaciones en las que se encuentra inmerso, sino que profundiza la perfección de estas situaciones: se vuelve capaz de comprender cómo afecta cada situación a su vida y a la vida de los demás y del mundo. Buscar tiempo para estar y hablar consigo mismo, no olvidar que somos la tarea y el proyecto más importante.

- **Vuelve al corazón**, entra dentro de ti mismo, es una invitación a la reflexión sosegada, al encuentro con la verdad de uno mismo. La convocatoria del corazón. Porque en la interioridad es donde el ser humano juzga, busca, decide su propio destino. El corazón es el lugar del afecto, pero también de la inteligencia y el talento.
- **Trasciéndete a ti mismo**. Trascender es empeñarse en la construcción de quien todavía no somos. Es un camino de superación. El ser humano aprende por sí mismo, mirando en su propia interioridad, ayudado por el maestro. El hecho de que el maestro, en una perspectiva agustiniana, tenga la función de “enseñanza”, hace que la sabiduría se convierta en alumbramiento de la verdad que cada uno descubre en su interior.

Así, pues, la meta de la enseñanza es despertar personas. Una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación. El ser humano alcanza su madurez cuando dialoga consigo mismo y se formula en su interior la pregunta por el sentido de su existencia; pregunta que solo tiene respuesta en el encuentro último con el verdadero maestro, con Dios.

Avivar un modelo basado en aprender a escuchar e interrogar haciendo conectar el interior con la realidad exterior para así modelarla, interactuar y transformarla. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol 2,7). La enseñanza del diálogo está basada en la mayéutica socrática donde educar quiere decir “sacar fuera”.

Agustín de Hipona asumió la perspectiva de Sócrates de ayudar a dar a luz la verdad que el hombre lleva dentro de sí. Para ello presenta el diálogo como herramienta pedagógica para el aprendizaje sabiendo que la verdad se busca y se construye a través de la discusión y mediante el uso de preguntas.

Siempre hay una gran esperanza firme en cambiar, un cambio de pensamiento para acercarse más y más a Dios. Una invitación a aprender previamente a callar para poder hablar con acierto y tino, porque si hablar es plata, callar es oro. Así como tú callas y defiendes cubriendo los defectos ajenos con la misma medida, serás defendido por Dios.

### **Si yo cambiara**

*“Si yo cambiara mi manera de pensar hacia otros, me sentiría sereno.*

*Si yo cambiara mi manera de actuar ante los demás, los haría felices.*

*Si yo aceptara a todos como son, sufriría menos.*

*Si yo me aceptara tal como soy,  
exceptuando mis defectos, cuánto mejoraría mi hogar, mi ambiente.*



*Si yo deseara siempre el bienestar de los demás sería feliz.  
Si yo encontrara lo positivo en todos, la vida sería digna de ser vivida.  
Si yo amara al mundo, lo cambiaría.  
Si yo me diera cuenta de que al lastimar el primer lastimado soy yo.  
Si yo criticara menos y amara más.  
Si yo cambiara, cambiaría el mundo”.*

#### **b. Descubre por ti mismo**

A lo largo de su existencia el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los periodos de su vida. En ocasiones puede parecer que una de estas esperanzas lo llena completamente, lo realice a tal punto que no necesita de ninguna otra.

En la vida humana y también la vida religiosa es una tensión constante, una inquietud perenne hasta llegar al descanso sin final: Estar con Dios. Si el principio de sus Confesiones se abre con la frase “nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (conf. 1,1,1), se cierra con la misma realidad: “Así la voz de tu libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna” (conf. 13,36,51). Así todas las Confesiones se unen en este ansioso deseo del autor: caminar hacia el descanso, hacia Dios, que es la esperanza última.

En la juventud puede ser la esperanza de un amor grandioso y satisfactorio; la esperanza de conseguir determinada posición en la profesión, de obtener uno u otro éxito culminante y determinante para su vida. A veces puede ser una casa o un coche, una moto o paseo. Sin embargo, cuando estas esperanzas se satisfacen, se ve con claridad que ciertamente esto no lo era todo, que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que solo pue-

de contentarse con algo infinito, algo que será más de lo que podrá alcanzar en esta tierra.

El ser humano en sus instantes de sinceridad, reconoce que no encuentra una felicidad que los sacie plenamente, aunque hayan tenido todo y haya gozado de todo. Sí, el hombre necesita esperanzas breves y duraderas, que día a día le den la fuerza para mantenerse en el camino.

Según Agustín de Hipona, “los tiempos somos nosotros, según seamos nosotros, así serán los tiempos” (s. 80,8). Esta afirmación equivale a decir que también los seres humanos están vinculados a una cultura, a un paisaje geográfico y humano. Por consiguiente, su tarea, la consecuencia de la conexión con la realidad, implica desde una perspectiva agustiniana interactuar con esa realidad para transformarla positivamente desde una actitud de esperanza.

En una sociedad dinámica y sometida a cambios acelerados el ámbito formativo centra su trabajo en la capacidad de adaptación y de selección críticas con la realidad circundante para evitar el desajuste del mundo personal del discípulo con la vida, con la realidad exterior.

Agustín de Hipona en la obra “La catequesis a los principiantes” (*De Catechizandis Rudibus*), anima a su discípulo Deogracias a que procure suscitar el interés y la atención de sus discípulos. Pero el interés que aconseja no es tanto la participación activa sino la destreza didáctica para suscitar el gusto por la enseñanza. Para ello Agustín pide al maestro no instalarse en la repetición sino renovarse en el lenguaje y en la disposición interior hacia lo que debe comunicar a sus discípulos. “Solo puedo hacer lo que quiero cuando dejo de querer lo que no debo” (ep. 10,1).

Es real que el itinerario pastoral de Agustín simboliza un modelo de la relación armónica que debe existir entre la fe y la razón. Esta armonía significa ante todo que Dios está cerca de todo ser humano, cerca de su corazón y de su razón. Esta presencia misteriosa de Dios

puede ser reconocida en el interior del hombre, porque, como decía Agustín de Hipona con una expresión muy conocida: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (conf. 1,1,1).

La enseñanza está dedicada, por el contrario, a la reflexión de fe y razón, que es un tema preciso, o mejor, el tema determinante de la biografía de Agustín de Hipona.

Esta es una escena esencial en la vida de Agustín que desde niño había asimilado de su madre, Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su razonabilidad y no quería una religión que no fuera expresión de la razón, es decir, de la verdad.

Se expresa que su sed de verdad era radical y le llevó a alejarse de la fe católica. Pero su radicalidad era tal que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la misma verdad, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera solo una hipótesis última cosmológica, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida.

Sin duda Agustín encontró a Dios y durante toda su vida hizo su experiencia hasta el punto de que esta realidad que es ante todo el encuentro con una Persona, Jesús, cambió su vida, como cambia la de cuantos, hombres y mujeres, en todo tiempo, tienen la gracia de encontrarse con Él. Una gracia que es gratitud y memoria del corazón. Un amor sin límites, como dice el Apóstol: “El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se enorgi; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites” (1Co 13,4-7).

Una felicidad plena. El descubrir a Dios por ti mismo y estar con Él. Basta, solo estar en la felicidad. Por eso la gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene:

- Viven de manera sencilla y tienen paz.
- Dan amor y actúan generosamente.
- Son solidarios, solícitos y hablan con amabilidad.
- Respetan a sus semejantes y son abiertos a los demás.
- Son sinceros con todos. No basta con conocer; es preciso saber.

El camino espiritual de Agustín de Hipona prepara un modelo válido asimismo en la actualidad en la relación entre fe y razón, reflexión no solo para hombres creyentes, sino para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano.

## **5. Valor del silencio**

“Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar” (Eclo 3,7). Bastante tiempo dedicamos a hablar y poco tiempo a escuchar, a permanecer en silencio. Es indiscreto prestar atención cómo por medio de la palabra, que se nos ha dado para comunicarnos, engañamos y nos engañamos. En ningún siglo, ha escrito Ignacio Silone, “la palabra ha sido tan pervertida, como lo está ahora, alejada de su finalidad que es la comunicación entre los hombres”.

El silencio busca la soledad. Agustín de Hipona, dice: “Nuestra alma tiene necesidad de soledad. En la soledad, si el alma está atenta, Dios se deja ver. La multitud es ruidosa. Para ver a Dios es necesario el silencio” (s. 145).

El silencio es el excelente amigo que en ningún tiempo traiciona. Marcamos que el silencio es una herramienta de comunicación eficaz. Como todas las herramientas, hay que saber hacer un buen uso

de ella. Se puede decir que el silencio es la falta de sonido de algo o alguien en su totalidad, en ciertos casos éste puede ser de beneficio, ya que permite tomar un tiempo de pausa para reflexionar respecto a las cosas y de esa forma tener una mejor perspectiva de los objetivos que se tienen y de cómo obtener lo que se quiere.

Es cierto que pocas veces se tiene en cuenta el valor del silencio para una escucha considerada y activa. Quien respeta las pausas y el silencio en la comunicación es considerado como alguien discreto y educado. Además, el silencio no dificulta el habla, sino que la hace posible. El lenguaje es palabra y silencio.

Al reflexionar más sobre el silencio expresamos que es fuerte, no es débil. El Swami Brahmdev tiene bellas teorías sobre la fuerza del silencio. Asegura que el mayor secreto de los grandes hombres es construir una relación viva con la fuerza del silencio. Pareciera iluso hablar de la fuerza del silencio, pero quien aprenda a manejar el silencio tendrá el esquivo éxito interior y naturalmente una fácil realización en el mundo exterior. Los sabios y los justos siempre mantienen el silencio como su mejor arma: Hablan con el silencio. Nunca un necio hace silencio.

Al llegar el silencio, activa eficazmente todos los sentidos del hombre, estimula la circulación de las ideas. Quien cultive la fuerza del silencio recibe a cambio una actitud interior progresista, y lo guía el convencimiento que en cada momento futuro hay una oportunidad de avance, de moverse hacia adelante.

En forma, nada es más fácil que callar. Pero en la práctica, el silencio es un reto difícil. El silencio es dignidad en la derrota. El silencio es grandioso en la victoria. El silencio obligatorio es censura inaceptable. El silencio como cultura es gimnasia para el espíritu.

El proverbio judío, expresa: “Hay que guardarse bien de un agua silenciosa, de un perro silencioso y de un enemigo silencioso”. Porque lo podemos considerar como un recurso que se puede utilizar mien-

tras se está empleando una comunicación de cualquier tipo. El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. ¡Basta de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas! porque, por haber callado, ¡el mundo está podrido!

El silencio es manejado muchas veces como espacio para la reflexión. Es aquella pausa breve que haces cuando comunicas. Cuando la haces, das importancia a lo que acabas de decir, es como si lo subrayases, al tiempo das un pequeño espacio para la reflexión y la asimilación. Siendo el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.

Jesús se retiraba al monte a orar en muchas ocasiones. A veces lo hacía con algunos de sus discípulos. Rehuía en ciertos momentos el bullicio de la gente, se apartaba de todo aquello que le pudiera impedir o dificultar entrar en una relación personal, íntima y filial con el Padre. Eran ratos de contemplación pura. El monte era un lugar propicio, la noche favorecía un camino de interiorización luminosa, la soledad le ayudaba a encontrarse consigo mismo y con el Padre. Y así pasaba largas noches en oración. Por eso debemos decir que el silencio es el elemento en el que se forman todas las cosas grandes.

Si nuestra vida de consagrados tiene una dimensión esencialmente de oración, debemos proporcionar el ambiente propicio para que se pueda cultivar y desarrollar la vida de oración. Manejar el silencio es más difícil que manejar la palabra. El silencio es un gran arte para la conversación. Por eso se nos invita a que nunca rompamos el silencio si no es para mejorarlo.

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. Se requiere un clima de silencio, exclusivamente en ciertos momentos del día o de la noche; lugares adecuados y libres de cualquier otra actividad; paz y serenidad en el ambiente; libertad para buscar y encontrar algunos ratos de reflexión personal; momentos programados de oración comunitaria.

Pero esto no basta. Falta lo más importante. Es el consagrado, y la propia comunidad, quien debe buscar la paz del corazón, el silencio interior, el lugar y momento más adecuados, para lograr y mantener el coloquio con Dios Padre, en el espíritu de Jesús.

Mantenerse en silencio cuando escuchas a alguien, no significa mantener la boca cerrada. En este contexto el silencio significa asentir y/o dar señales que de alguna forma expresan que estamos siguiendo el mensaje o la historia que nos están exponiendo.

Muchas veces este silencio habla más de lo que creemos. A veces lo que hay detrás es miedo. Miedo a confrontar, a decir la verdad, a la reacción de los demás, es como creer que ya se desvanecerá. Incluso nos intentamos convencer de que no hace falta decir nada. Como si el tiempo lo tuviera que diluir o difuminar, y lo que realmente hacemos en estas ocasiones es retrasar la solución, o la respuesta, o el problema. Me atrevería a decir que incluso lo hacemos más grande. Esto sin tener en cuenta el impacto en el otro.

Devoto del silencio, pero el silencio bien manejado. Pero claro, en determinadas ocasiones hay que ser valiente para romper este silencio y confrontar, y eso ya cuesta más. ¿Qué uso haces del silencio? Teniendo claro que casi nunca las cosas se resuelven solas ¿Eres de dar respuesta cuando te preguntan? ¿O de romper el silencio para decir NO cuando toca?

Concluamos con esta alabanza silenciosa de Agustín de Hipona:

**Nos hiciste para ti**

(conf. 1,1,1).

*“Grande eres, Señor, y digno de toda  
alabanza. Grande es tu poder,  
tu sabiduría no tiene límites.*

*Y este hombre, pequeña migaja de tu  
creación, quiere alabarte.  
Precisamente este hombre,*

que es un amasijo de fragilidad,  
que lleva aún pegada la etiqueta de su  
pecado, y es la mejor demostración  
de lo que es la soberbia.  
A pesar de tanta miseria,  
este hombre quiere alabarte.  
Y eres tú mismo quien lo estimulas  
a que encuentre deleite en ello.  
Porque nos hiciste, Señor, para ti  
y nuestro corazón está inquieto  
hasta que descanse en ti". Amén.

